

había dado el hijo de Botelungo. También hizo maravillas la mano del opulento Rudiguero.

El príncipe Blodelino del Ungerland hizo obsequios con la plata y el oro contenido en muchos cofres que mandó vaciar. Los héroes de aquel rey pasaban la vida en grande alegría.

Los músicos del rey Werbel y Swemlin ganaron cada uno (según pienso) más de mil-marcos en aquella boda en la que la hermosa Crimilda ciñó la corona al lado de Etzel.

A la décima octava mañana los héroes partieron de Viena. En los torneos quedaron rotos muchos escudos por las lanzas que blandían los guerreros. El fuerte Etzel se encaminó hacia el Huneland.

En Heinburgo la antigua, pasaron la noche. Nadie puede figurarse con cuanta ostentación caminaba aquella tropa á través del país. ¡Oh! ¡cuántas hermosas mujeres iban á encontrar en su patria!

En Misenburg la rica se embarcaron. El rio en toda la distancia á que alcanzaba la vista se veía cubierto de hombres y caballos de modo que parecía la tierra. Las cansadas mujeres pudieron reposar allí.

Amarraron juntos muchos buenos bajeles de modo que todos estuvieran libres de las olas y de las corrientes: encima se armaron cómodas tiendas y estaban lo mismo que si se hubieran hallado en una campiña.

Estas noticias llegaron á la ciudad de Etzel y los hombres y las mujeres se alegraron. El acompañamiento que en otro tiempo sirvió á Helke, pasó después felices días al lado de Crimilda.

Allí estaban muchas nobles vírgenes que después de la muerte de Helke no habían sentido el corazón alegre. Siete hijas de reyes encontró allí Crimilda, cuya belleza era gala del país de Etzel.

Dirigía aquel acompañamiento la joven Herrat, sobrina de Helke, rica en virtudes, esposa de Dietrich y descendiente de un noble rey, pues era hija de Nentweino; más adelante recibió grandes honores.

Con la llegada de los extranjeros experimentó grande

alegría; grandes preparativos se habían hecho para recibirlos. ¿Quién podrá decir la vida que después llevó Etzel? Los Hunos no habían vivido tan bien en tiempo de la otra reina.

Cuando el príncipe con su esposa abandonaron la orilla, dijéronle los nombres de aquellos nobles, á los que saludó con afecto. ¡Con cuanta dignidad ocupó el puesto de Helke!

Todos le ofrecían sus leales servicios. La reina distribuyó oro y vestidos, plata y piedras preciosas; dió todo lo que había llevado al Huneland desde su país.

Por esto desde entonces, todos los parientes del rey y sus guerreros les estuvieron sometidos de tal modo que Helke no tuvo tanto poder como disfrutó Crimilda hasta su muerte.

Era tan alegre la vida en la corte y en todo el país, que en cualquier tiempo se hallaban diversiones con arreglo al gusto de cada cual; esto era resultado de la generosidad del rey y de la bondad de la reina.

XXIII.

DE COMO CRIMILDA PENSÓ VENGAR SUS OFENSAS.

VIVIERON siete años en la más perfecta armonía y completo honor: en este tiempo la reina dió á luz un hijo y nunca fué tan grande la alegría de Etzel.

No dejó de suplicar en mucho tiempo hasta que el hijo del rey Etzel recibió el bautismo, según la costumbre cristiana; pusieronle por nombre Ortlieb. Grande fué la alegría en el país de Etzel.

Todas las virtudes que en otro tiempo practicaba la

señora Helke, se afanaba Crimilda por renovarlas cada día con más empeño. Herrat, la noble joven, le hacía conocer las costumbres, pero en su interior sentía mucho la falta de Helke.

Lo mismo los del país que los extranjeros, la conocían muy bien y sostenían que nunca hubo rey que tuviera esposa más dulce: esto lo tenían por cierto. Las alabanzas de los Hunos no la faltaron durante trece años.

Había advertido que nadie contrariaba sus deseos, como hacen con las reinas los guerreros de los príncipes y diariamente veía ante ella doce reyes. Ella comenzó á pensar en las ofensas recibidas en otro tiempo.

Pensó también en los honores que le tributaban en el Nibelungenland, donde era tan poderosa antes que la mano de Hagen, con la muerte de Sigfrido la despojara de ellos, y buscaba medio de hacerle sufrir la pena de su crimen.

«Lo conseguiría si pudiera atraerlo á este país.» Soñó que su hermano Geiselher la llevaba de la mano en el reino de Etzel: en su dulce sueño lo abrazaba muchas veces: grandes penas experimentó más adelante.

El maligno demonio pienso fué el que hizo que Crimilda se separara amistosamente del rey Gunter y lo besara al partir del Burgundenland. Con frecuencia ardientes lágrimas mojaban sus vestiduras.

A toda hora esta idea torturaba su corazón; de que modo habían podido influir para que ella virtuosa cristiana se hubiera casado con un pagano: esta desgracia la habían procurado Hagen y el señor Gunter.

Este deseo no la abandonaba nunca y pensaba: «Soy tan poderosa y tan rica, que podría hacer aniquilar á mis enemigos; con gusto me vengaría de Hagen de Troneja.»

«Al recordar á mi bien amado se acongoja el alma mía; si estuviera al lado de aquellos que me han causado tantos pesares, les haría pagar cara la muerte de mi esposo. Con pena aguardo todavía,» así decía aquel corazón dolorido.

Crimilda era amada por todos los guerreros del rey; así debían hacerlo. Eckwart era su camarero y nadie podía resistir á la voluntad de Crimilda.

Así pensaba diariamente: «Quiero inducir al rey á que me permita invitar con buen deseo á mis amigos para que vengan al Huneland.» Nadie suponía mala intención en la reina.

Una noche que la señora Crimilda reposaba al lado del rey, teniéndole entre sus brazos según acostumbraba, pues amaba con ternura á la noble mujer, la activa viuda comenzó á pensar en sus enemigos.

Así dijo al rey: «Querido señor mío, quisiera rogaros si puede ser con humildad, y si tal favor merezco, que me hagáis ver si en realidad queréis á mis amigos.»

El poderoso rey le contestó con gran lealtad: «Accedo á lo que queréis; de todo lo que á esos héroes acontezca, honroso y bueno, me siento contento, porque nunca por el amor de una esposa me conquisté tantos amigos.»

La reina replicó: «Muy bien habéis dicho, tengo elevados parientes: por esto me entristece que tan raras sean sus visitas á este país; oigo que toda la gente me llama desterrada.»

El rey Etzel le dijo: «Muy querida esposa mía, si el viaje no les pareciera demasiado largo, los invitaría con gusto á que vinieran á mi reino.» Grande fué su alegría al observar que su voluntad se iba á cumplir.

Ella le dijo: «Si queréis depositar en mi vuestra confianza, querido señor, enviad mensajeros á Worms sobre el Rhin y haré saber á mis amigos mis deseos y anhelos: vendrán á este país muchos guerreros nobles y buenos.»

Le respondió: «Cuanto mandéis será hecho; vos no deseáis ver á vuestros parientes los nobles hijos de Uta tanto como yo; para mí es un dolor que permanezcan alejados tanto tiempo.»

«Si esto os agrada, querida esposa mía,» añadió, «enviaré por mensajeros á vuestros amigos en el Burgundenland á mis músicos.» Los buenos músicos fueron llamados inmediatamente.

Los jóvenes acudieron enseguida á donde estaba el rey al lado de la reina. Les dijo que habían de ir como mensajeros al Burgundenland y les hizo preparar magníficos vestidos.

Para veinte y cuatro guerreros se prepararon trajes y el rey les explicó enseguida lo que tenían que decir á Gunter y á los que le acompañaban. La señora Crimilda les habló también en secreto.



El rico rey les dijo: «Voy á manifestaros lo que tenéis que hacer: presento á mis amigos todos mis cumplimientos y les ruego que vengán á mi país. No he conocido huéspedes que puedan serme tan queridos.»

«Y si los parientes del esposo de Crimilda no se niegan, que vengán también á la fiesta de mi corte, que de la felicidad de mi esposa tengo una parte.»

Así le contestó el músico, el atrevido Schwemmel: «¿Cuándo se verificará la fiesta en esta corte? Esto es menester que se lo digamos

á vuestros amigos del Rhin.» El rey Etzel contestó: «En los días con que media el estío.»

«Haremos lo que nos mandáis, dijo Werbelein. Crimilda hizo que los mensajeros fueran á su cámara y les habló en secreto. A causa de esto perecieron muchos guerreros.

Ella dijo á los mensajeros: «Grandes bienes podéis adquirir si hacéis mi voluntad y si decís en mi país lo que yo os encargue. Yo os daré muchas riquezas y magníficos vestidos.

«A ninguno de mis amigos que veáis en Worms sobre el Rhin, le diréis que habéis advertido mi humor sombrío, y ofreceréis mis servicios á aquellos héroes fuertes y buenos.

«Rogadles que accedan á lo que mi esposo quiere, y que calmen mi pesar, pues aquí creen los Hunos que no tengo amigos. Si fuese caballero, yo misma iría al Rhin.

«Y decid á Gernot, mi noble hermano, que nadie en la tierra me es tan querido; rogadle que venga á este país con sus más fuertes amigos; esto me hará honor.

«Decid también á Geiselher que piense en que por su causa nunca experimenté aflicción ninguna; á él lo verán con gusto en este país los ojos míos, porque lo quiero con toda mi vida y me ha prestado buenos servicios.

«Decid también á mi madre con cuanto honor vivo aquí; y si Hagen de Troneja se negara á hacer el viaje, ¿quién podría indicarles el camino de este país? Desde su infancia conoce el país de los Hunos.»

Los mensajeros no sabían el motivo porque no podían dejar en las orillas del Rhin á Hagen de Troneja. Por esto fué grande su pesar: con él vinieron á una horrible muerte muchos guerreros.

Les dieron carta de mensaje cerrada; llevaban muchos bienes y podían vivir con opulencia. Los despidieron Etzel y su bella esposa y partieron con muchos suntuosos trajes.